

## La pobreza, hermana enemiga

Salvador Rueda Smithers

José Refugio de la Torre Curiel, *Vicarios en entredicho. Crisis y desestructuración de la provincia franciscana de Santiago de Xalisco, 1749-1860*, México, El Colegio de Michoacán/Universidad de Guadalajara/Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades, 2001, 398p., mapas, cuadros, ils.

Hacia la década de 1540, pero sobre todo desde que Felipe II asumió el gobierno en la década de 1550, la secularización de los conventos e iglesias, y las posteriores acotaciones impuestas por el Concilio de Trento, quisieron restar espacios a las órdenes regulares en favor del clero secular. Para los regulares, el tiempo de Felipe II fue una cuarentena trágica. Con la irremediable reducción de los espacios de actividad de los frailes también se diluía el sueño de una tierra gobernada *de facto* por un cristianismo vivido bajo la visión teleológica de un clero regular convencido de su misión apostólica y sobre una población creada, o mejor, *inventada*, durante el amanecer de la evangelización novohispana.

Por supuesto, otros acontecimientos intervinieron en los designios del rey. El desplome demográfico indio —con su terrible antecedente experimentado en Las Antillas—, la llegada de colonos españoles y las urgencias de mantener el control y el conocimiento férreo de las nuevas posesiones, orillaron al monarca a imaginar a sus reinos de ultramar de modo menos idealista. El pragmatismo político regalista asomó su rostro menos agradecido con sus desprendidos y enjundiosos pri-

meros evangelizadores. Los frailes fueron víctimas, podría decirse, de las razones de estado, de esa suerte de arbitrariedad que pareciera que siempre se impone sobre cualquier ilusión.

De aquella primera sacudida a los regulares quedaron apenas algunas marcas, rodeadas de un halo enigmático. Pensemos, si no, en ese documento de tono reivindicador firmado en Tehuacán en 1541, llamado *Historia de los indios de la Nueva España*, que durante años se atribuyó dudosamente a Motolinía. O también en la extraña forma de fortaleza de muchos de los primeros conventos, que quizá debieron defender a los franciscanos y a su grey india no contra una improbable rebeldía indígena, sino contra las violencias de los españoles que se asentarían en las ciudades y ambicionarían poseer tierras y administrar fuerza de trabajo indígena. A la vuelta del siglo, los pormenores del conflicto se olvidaron. Ciertamente, los indicios y la lectura intertextual han permitido conjeturar la profunda transformación de las órdenes mendicantes del centro de México, y la omisión de uno de sus proyectos más desesperados y ambiciosos, el de las fortalezas conventuales como alma de la vida cotidiana de los indios bajo una idealizada moral cristiana.

Menos conocido ha sido el camino de los regulares en otras latitudes. Tan sólo se sabía el destino final, no menos cargado de fatalidad, interpretado con más o menos fortuna en historias parciales. Los detalles del proceso de desgaste y la pérdida de presencia de los frailes en los pueblos y misiones de otros puntos de la Nueva España eran ape-

nas adivinados detrás de una frase corta: fueron desplazados por la secularización. Hoy podemos saber que esa breve afirmación comporta una suerte de imprecisión.

Este libro de José Refugio de la Torre Curiel, con el inquietante título de *Vicarios en entredicho*, demuestra que en realidad esa historia es diáfana y bien documentada. También que es, con mucho, más compleja. El secreto de su cabal inteligibilidad, sin embargo, está en la separación razonada de los distintos procesos que la cifran, de sus ritmos, de sus reiteraciones, de su evolución, de esa suerte de vértigo en el que se sumió la institución desde sus entrañas, de los límites de las razones de estado. De la Torre Curiel expone una particular idea de historia, hecha de fragmentos que se ensamblan para dar forma a múltiples pequeños procesos, cada uno con naturaleza propia, pero cuya conjunción delinea el devenir de hombres e instituciones, de regiones y de sociedades. Con seriedad, dibuja los perfiles de un largo y sinuoso suceso, restituye en su dimensión las distintas rupturas, las fallas de la orden franciscana en tierras que creyeron suyas, pero que fueron apropiadas no sin crueldad por otros hombres que también buscaban la felicidad y la fortuna.

Con la lectura de este libro se descubre, sin ingenuidad, la inestabilidad de una institución en medio del rígido universo político colonial, muy alejado de las piedades, misterios y portentos que, hemos creído bizarramente, poblaron las mentalidades cristianas. Mundo material, de intereses, de urgencias, de controles duros y de equilibrios preca-

rios en las esferas del poder. La conjunción de procesos que llevaron a la ruina franciscana se ubica, según De la Torre, en un periodo relativamente breve. En apenas poco más de una centuria, las suyas se volvieron voces extintas.

El libro examina escrupulosamente los últimos y determinantes ciento once años (1749-1860) de una relación desigual, en la que los franciscanos de la provincia de Xalisco vivieron a contracorriente de sus convicciones vocacionales, denostados y orillados a la aceptación humilde de decisiones políticas desventajosas y cargadas de intereses materiales. No sin habilidad, De la Torre deja en claro que este destino había sido buscado por las autoridades reales y eclesiásticas años atrás. No en un proceso continuo, sino reiterado. Se repitieron calificativos y hostilidades; pero esos hechos no fueron sus antecedentes directos, a despecho de su similitud.

En tres largos apartados, con mapas, cuadros e ilustraciones, De la Torre ordena la información rescatada de siete acervos documentales y poco menos de un centenar de obras impresas; es, por cierto, un libro equilibrado. Al lector le resultará, tal vez, tan notable por la búsqueda acuciosa de información como por la originalidad de su visión de la historia y la inteligente interpretación que ofrece. Sin complacencias ni distracciones, rehuyendo las respuestas fáciles tanto como los convencionalismos, De la Torre hace de lado las explicaciones mecanicistas de la historia, que derivan de las biografías de los hombres insignes, o de las luchas internas o aun de la superficial lectura de los textos legislativos y de las crónicas. Su análisis exige esfuerzo: previene contra esos mecanicismos que vuelven motores de la historia al conflicto entre regulares y seculares, a la oscura ambición económica, a las crisis demográficas o a

la pura voluntad de los gobernantes. Todos ellos existieron, pero ninguno de estos asuntos, por sí solo, puede dar una explicación satisfactoria. Más arduamente, De la Torre evita también la equívoca tentación de pensar los procesos de largo aliento como estructuras lineales, unívocas, continuadas sin quebrantos, a las que a veces se les otorga una solidez que no tuvieron en favor de una explicación sin enmendaduras, error muy común entre los historiadores que gustan de mirar los paisajes extensos.

El texto, pulcro y bien escrito, obliga al lector a entender la naturaleza del devenir histórico, edificio construido de infinidad de acontecimientos, decisiones, pugnas, intenciones, repeticiones discursivas y razones de estado que suman algunas veces de manera azarosa la voluntad de los individuos con los impredecibles y más generales vaivenes económicos, demográficos y sociales.

De la Torre comienza con una advertencia, a manera de rápido balance historiográfico. Un dejo de injusticia se vislumbra en las explicaciones tradicionales sobre el debilitamiento de las órdenes religiosas masculinas en México. Algunos historiadores se han inclinado por atribuirlo a la relajación de las costumbres, a la falta de vocación que desvió conductas y, carente de convicciones, no renovó a sus hombres. Otros argumentos aparecen, si bien con menor fuerza, como la desobediencia velada de los frailes frente a las autoridades reales y eclesiásticas, o cierta arrogancia que se desdobló en un sentimiento de lo imprescindible de los frailes y de sus tareas entre una sociedad que en la vida cotidiana los veía como cargas o como competidores por los recursos humanos y naturales. Esta idea tiene un origen visible, común, que arma todos esos defectos como parte de un cuerpo discursivo elaborado en distintos mo-

mentos de conflicto con el clero secular, con las cabezas de gobierno o con los colonos. Los adjetivos aparecen como testigos de cargo contra los frailes, atestiguados documentalmente, en los registros de las visitas que al mediar el siglo XVIII realizaron a varios conventos el arzobispo de México, Francisco de Lorenzana, y el obispo de Puebla, Francisco Fabián y Fuero. Palabras semejantes fueron esgrimidas por el obispo Palafox una centuria antes, y durante los agrios escarceos propiciados por el obispo Montúfar a mediados del siglo XVI.

Por otra parte, los acontecimientos políticos del siglo XIX han servido de coartada para otra línea de interpretación. Igualmente fragmentada, igualmente parcial. No han faltado quienes, con mayor miopía, han afirmado que fueron las campañas anticlericales del liberalismo decimonónico el origen de la ruina de los conventos y de la postración de las órdenes regulares, haciendo tabla rasa de una historia que comenzó hacia finales de la década de 1740.

En la primera parte del libro, De la Torre describe la geografía de la provincia franciscana de Xalisco, su irregular territorialidad y sus efectos organizativos. Asombra conocer las maneras como la institución mendicante se adaptó al reto de diversificar tareas que exigían espíritus bien templados. Así, por ejemplo, sitios como el sur de Jalisco no estaban exentos de bonanzas que permitían vidas más o menos apacibles, mientras que los responsables de las misiones norteñas debían enfrentar las rudezas de naturalezas hostiles —como las de las quebradas serranías nayaritas, fascinante provincia perdida del reino, “donde todo es subir y bajar”—, mientras que más al norte se vieron asediados por los colonos que desvirtuaban los trabajos de catequesis o eran acosados por las rebeldías de indios remisos al

cristianismo, tenaces en su idolatría, tercos en impedir que se desterrara a sus dioses.

La geografía de la provincia se abría; De la Torre escribió que si

se tiene en cuenta que una entidad de este tipo no contaba con linderos bien definidos ni continuos, en la forma que se encuentran en un obispado, una gobernación o una alcaldía mayor, se entenderá que no es posible hablar de un solo conjunto; máxime que con el paso del tiempo se van añadiendo y desprendiendo a la provincia regiones tan lejanas y diferentes del centro de la misma, como pueden ser Coahuila, Sonora y Chihuahua. Esta evolución geográfica no constituyó tan sólo una incorporación de jurisdicciones, sino que estuvo acompañada de un cambio en el estatuto jurídico de sus establecimientos. Así, mientras que a mediados del siglo XVIII podemos hablar de una provincia franciscana de Xalisco eminentemente doctrinera, para fines de esa misma centuria es preciso definirla como una entidad misionera.

Pero ¿cómo funcionaba la institución? Una muy larga pero pertinente disertación explica el funcionamiento, las representatividades y las jerarquías que daban orden a los franciscanos. Cabe decir aquí que la explicación detallada de la organización interna de la orden de frailes menores adquiere sentido frente a las exigencias de un funcionamiento correcto de la maquinaria institucional. A los frailes de la provincia, responsables de conventos, iglesias y misiones, se les exigía buen gobierno, se les vigilaba con esta lógica.

A lo largo del libro, De la Torre confronta los estereotipos que, como

todos, han sido obstáculo a las propuestas de puntos de vista diferentes. En sus tres apartados, el planteamiento del problema y la investigación de *Vicarios en entredicho* dirigen hacia la explicación de una historia más dura, pero también más humana. Historia compleja, que entrevera tiempos y sucesos en la —para nosotros— extraña y gigantesca geografía de la provincia franciscana de Santiago de Xalisco, que propone que el declive de las órdenes, en particular la de estos franciscanos, es efecto de múltiples procesos, a veces desvinculados entre sí, pero que afectaron sin remedio a las instituciones y a sus hombres. De la Torre escribe que “la debacle de las órdenes religiosas fue un proceso gradual, con una proyección en el tiempo bastante amplia, que involucró a varios estratos de la administración temporal y espiritual, y además se vio influido por la reorganización social y económica que se vivió en el mundo hispano desde la segunda mitad del siglo XVIII”.

La segunda parte de libro se vuelca hacia el relato de una némesis. La política evangelizadora en tierras novohispanas, instaurada por Carlos V durante la primera mitad del siglo XVI, midió su eficacia en apenas unas décadas, si hemos de leer entre líneas a los cronistas de la orden al amanecer del siglo XVII. Las urgencias de control gubernamental y de la buena administración de los recursos dio entrada a la persistente secularización y, como consecuencia, a la retirada de los evangelizadores de los lugares que originalmente, y con el objeto de ganar territorios, les fueron otorgados. Poco a poco, les “secuestraron” conventos e iglesias; les arrebataron la posibilidad de administrarlos. Sin timideces, pero en un plazo que se alargó un par de centurias, el nicho de poder eclesiástico regular fue sustituido por la organización diocesana.

El conflicto entre ambos cleros puede sintetizarse en una pugna por ganar espacios para desarrollar dos proyectos distintos de iglesia y sociedad. Uno de ellos, el diocesano, era de carácter eminentemente urbano, centralizado y catedralicio, cuyo objetivo primordial era reforzar la autoridad del obispo. De otra parte, el modelo de los regulares era más provincial y periférico, pues reconocía mayor autonomía a los operarios de conventos, doctrinas y misiones; además, por el carácter transitorio del ministro provincial llevaba a la feligresía a identificarse más bien con el ministro local que con la autoridad central del instituto religioso

escribió De la Torre. La óptica gubernamental, apenas pasada la generación de la conquista y el entusiasmo evangelizador de los primeros franciscanos en Nueva España, se orientó hacia los trabajos misioneros en los territorios para la colonización, y de doctrina en las tierras indígenas. Como complemento, en los asentamientos de españoles no se requerían conquistadores de almas, sino administradores de los ritmos de la vida y de los sacramentos. No se trataba de un asunto de virtudes cristianas, sino de estabilidad gubernativa. En las ciudades y centros urbanos no se requerían pastores sino príncipes de la Iglesia.

De la Torre narra los pormenores de una singular pugna política, de lucha por los espacios del poder en el último medio siglo colonial, y la casi desesperada supervivencia franciscana durante los primeros años de la república. Un siglo que se resuelve en el “tiempo de catedrales”, para robarle la frase a Georges Duby, que enmarca la reiterada contradicción de la historia política eclesiástica, contradicción que de cuando en cuando se agudizó menos en bus-

ca de beneficios económicos —simpleza a la que algunos historiadores recurren— que para afianzar la fuerza institucional en los contextos del final del feudalismo, y de los posteriores absolutismo y despotismo ilustrado. Se inscribe en la más larga y tortuosa historia de la tiranía de las ciudades, del distanciamiento y subordinación de las periferias y la geografía rural a las urbes concentradoras del poder. Toma sentido el hecho de que el “reemplazo de los frailes por los clérigos diocesanos representaba para la corona la oportunidad de vincular a un mayor número de pobladores con los programas de gobierno”. Por supuesto, y así queda debidamente anunciado, el relato se inscribe en los terrenos de la política entendida como facultad de administración, tanto de bienes materiales y financieros, como de la impartición y registro de los sacramentos, bases del buen gobierno de aquel entonces. Quedan fuera del análisis de *Vicarios en entredicho* otros ámbitos de la pugna, otros lugares del poder que sufrieron no menos violencias pero que se manejaron con léxicos singulares, como por ejemplo los espacios simbólicos, los de los fervores particulares, las confrontaciones en los púlpitos a través de sermones, los de las tradiciones evangelizadoras —desenvueltas en leyendas, como la del descubrimiento de la Santa Cruz o sus apariciones milagrosas en los pueblos indios, o las vocaciones cristológicas frente al marianismo secular—, los fervores que aprovechaban la fuerza local de los santos y sus derivados rituales y festivos con el consecuente efecto en la economía de los conventos, en la dignidad de la historia propia de la orden, pilar del orgullo por su pasado, entre otros. Ello no hace incompleta esta investigación; todo lo contrario, nos recuerda que la historia es, como decía Braudel, cuento de nunca acabar.

La desventura comienza cuando el rey Fernando VI autoriza a los obispos de las diócesis de las Indias a secularizar doctrinas administradas por las órdenes regulares. Fue éste el principio del final. El visitador José de Gálves y el obispo Juan Ruiz de Cabañas dejarían su impronta. No sólo secuestrar, sino sobre todo, y aquí el peso simbólico no debe ser despreciado, obligar a los provinciales y a los frailes a obedecer. Con esos ojos habrá que leer el pequeño pasaje dedicado al caballero Teodoro de Croix, comandante de las Provincias Internas, quien contundentemente desconoció al comisario franciscano en las misiones de Sonora, por no haber cumplido con las disposiciones de una burocracia celosamente protocolaria. El acto del caballero de Croix no fue valiente ni extraordinario; tan sólo fue severo ejercicio de autoridad.

El siglo XIX, salvo un breve respiro en 1834-1835 —luego del sobresalto de las disposiciones liberales de Gómez Farías en 1833— no fue mejor para los frailes. Sobrevivieron a la guerra de Independencia y buscaron el reacomodo en el marco de una república que no dejaba de ser, para usar la frase de O'Gorman, la Nueva España independiente. De la Torre describe la prudencia del provincial de Xalisco en 1824, quien opinaba que había que aceptar las disposiciones de la nueva realidad republicana “así para no comprometernos a resultas funestas, como porque el Apóstol nos previene que reconozcamos a las Potestades legítimas”. Con todo, el enfrentamiento armado entre liberales y conservadores en el lustro de 1855-1860 sí afectó de manera extrema. Si bien es cierto que, de acuerdo con las citas de De la Torre, sobre todo las misiones habían sufrido deterioros y destrucciones desde, cuando menos, un siglo antes, los conventos e iglesias fueron atacados en

sus fábricas, tal vez más en una suerte de batalla simbólica que por puro vandalismo. No deja de conmover la carta que reproduce De la Torre, dirigida al definitorio de Guadalajara. No menos dura es la explicación del autor sobre estos momentos:

En los años siguientes los religiosos de Santiago de Xalisco habrían de asistir al lamentable espectáculo de la ruina material de su casa principal, iniciada con la apertura de una calle justo en el medio del convento. Similar suerte correrían los conventos del interior del estado, al acabar demolidos o enajenados conforme se iba fortaleciendo el gobierno constitucionalista.

Hacia 1860 la Provincia de Xalisco tenía apenas 22 frailes, individuos que sumaban una penalidad más. La institución, ya herida, parecía tocada de muerte. Aparecen, otra vez, en fin, las razones de estado.

Para finalizar, permítaseme ensayar un balance personal de la lectura de *Vicarios en entredicho*. Las circunstancias del siglo XVIII situaron a los franciscanos muy lejos de las finas fuentes de energía de la primitiva Tebaida, que abrevaba del aislamiento tanto como de la devoción. Porque también tenían que administrar: tal fue el costo de la evangelización como proyecto político. Y fue éste el punto más sensible, el más atacado, el que impidió la armonía entre el deseo de una sociedad de cristianos perfectos y el de la colonia española en ultramar. Su historia es la de un círculo vicioso: al cortar los lazos de una economía que se había afianzado con las ventajas de los primeros lustros coloniales, los frailes buscaron hacerse de recursos para subsistir. De la Torre ofrece algunos ejemplos que llevaron al decaimiento de la vida conventual y al quebranto obligado de

la regla: fugas de conventos, tratos comerciales, extraños manejos de dinero proveniente de la producción minera de un tráfuga arrepentido, las visitas y el hospedaje en casas de parientes y amigos, entre otras conductas reprobadas, oscurecieron el ya dubitativo prestigio de los miembros de la orden.

No fatigaban ya sus horas a favor de una grey nativa dócil a la palabra de Dios. La experiencia enseñó a los frailes que la idolatría era

persistente, que los catecúmenos de las misiones eran amenazados por los colonos, que los indios cristianos de los pueblos podían ser igualmente leales al fraile que al clérigo diocesano. Los franciscanos del Siglo de las Luces tuvieron que defenderse; los implacables sitiadores no les eran extraños: se trataba de las autoridades civiles y religiosas, de los propietarios de ranchos y haciendas, de los hombres del siglo. De muchas formas fueron orillados a la relaja-

ción, en general más como mecanismo de supervivencia que por debilidad vocacional. Este libro de José Refugio de la Torre da ejemplo de la paradoja en la historia —para tomar la idea de Nicola Chiaramonte: a los franciscanos, que hicieron de la pobreza disciplina y orden, fundamento de la vida en comunidad y obediencia a la regla, los hundió el otro tipo de pobreza, la no asumida sino obligatoria, la que les impidió seguir adelante.

## San Ángel obrero

Eduardo Flores Clair

Mario Camarena Ocampo, *Jornaleros, tejedores y obreros. Historia social de los trabajadores textiles de San Ángel (1850-1930)*, México, Plaza y Valdés 2001, 202 pp.

Nuestro imaginario ha sido alimentado con toda puntualidad por añejas tradiciones. Para muchos habitantes de la ciudad de México, desde siempre, en San Ángel se respira un aire aristocrático; por su arquitectura colonial, por sus calles y plazas que conservan un ambiente pueblerino, sus iglesias y conventos que producen una atmósfera mística y porque el rumbo del pedregal, hace algunos años, fue residencia de nobles, burgueses y políticos. Carlos Mijares Bracho, estudioso de la arquitectura y autor de *San Ángel*, (Clío, 1997), escribió: “San Ángel puede leerse como un concierto para orquesta de cámara que se toca y escucha en un escenario privilegiado.” En esa exclusiva sala, la música de las máquinas de la industria textil y

sus intérpretes los obreros tuvieron un lugar muy destacado. Como escribió Cabrera Infante respecto de La Habana, “el hombre no creó la ciudad, más bien la ciudad creó al hombre y sus costumbres”.

Mario Camarena Ocampo cierra con este libro, después de dos décadas, una serie de estudios dedicados a la historia de la formación de la clase obrera textil del valle de México. Su estudio se basa en una documentación copiosa, una revisión de periódicos obreros, una extensa bibliografía y testimonios orales, que reflejan el imaginario de los informantes y siembran dudas en el lector por la sorprendente precisión de su memoria. El autor nos ofrece una novedosa historia de los orígenes y formación de la clase obrera textil, en un espacio en el que convergen la vida urbana y la rural de la ciudad de México.

No se puede pasar por alto que San Ángel tiene una profunda raíz fabril que data de los primeros años de la conquista española. Ahí se instalaron los primeros molinos y obra-

jes con el fin de aprovechar la fuerza de las aguas del río Magdalena. En forma paulatina, en su entorno se fue consolidando un mercado de trabajo y una población adiestrada en las labores fabriles. Durante el siglo XIX, la instalación de fábricas dedicadas a la elaboración de papel y productos textiles crearon un nuevo paisaje; las viejas instalaciones coloniales se adaptaron y se construyeron otras naves industriales. Como afirma el autor: “poco a poco, lo que al principio fueron pequeñas islas impusieron su presencia convirtiéndose en un importante conglomerado industrial”.

A lo largo del libro, Mario Camarena, en forma reiterada, señala que su objetivo es contar la historia de los hombres y mujeres de carne y hueso; sujetos históricos reales que vieron transcurrir su vida entre las labores del campo, el taller artesanal y las fábricas. Otro de sus objetivos es alejarse lo más posible de la historiografía obrera tradicional, aquellos estudios cuya interpretación tienen un marcado carácter esquemático